

## V

Mi arribo a Berlín ocurrió poco después de un mediodía nublado pero de temperatura agradable. El vuelo desde París en una *low cost* británica fue impecable y puntual, como si se tratase de una aerolínea *top*. Desde la rústica, y con apariencia de vieja, terminal de *Schönefeld*, ubicada unos 20 kilómetros al sudeste de la capital alemana, tomé un tren *RB* que en unos cuarenta minutos me depositó en *Alexanderplatz*, en el corazón de la ciudad, donde abordé un taxi hasta el hotel, aunque bien podría haber realizado el mismo trayecto a pie ya que la distancia era corta u optado por tomar el subterráneo (*U-Bahn*) o el tranvía (*Tram*) hasta *Rosenthaler Platz*, situada en la esquina de mi alojamiento, en Berlín *Mitte*. Pero como quería arrastrar mi equipaje opté por la primera opción, la más cómoda y que, en definitiva, no me resultó tan costosa.

A través de la ventanilla trasera del taxi, mi primera impresión fue que la ciudad se transformaba radicalmente a medida que se la atravesaba de Este a Oeste ya que pasaba de tener un aspecto modesto, gris, monótono y antiguo, a otro rico, nuevo, colorido y joven. Evidentemente, en la parte oriental aún se conservaba el estilo socialista mientras que en el lado occidental triunfaba la fuerza del capitalismo moderno.

El hotel tenía una ubicación ideal, no sólo por tener las paradas del subterráneo y del tranvía a pocos metros, sino también porque daba a un cruce de avenidas colmadas de locales gastronómicos y mercados, y que se conectaban en pocas cuadras con el centro berlinés. Y si bien esto implicaba un importante caudal de tránsito, el mismo se desarrollaba de manera tranquila y ordenada ya que predominaban los ciclistas y peatones.

Desde mi habitación, situada en el tercer piso del hotel, tenía una perfecta vista de esa esquina y, a la distancia, de la Torre de Telecomunicaciones, “*Fernsehturm*”, la cual se elevaba hasta unos 368 metros desde el centro de Alexanderplatz. La primera era, desde 1969, el edificio más alto de Alemania y el icono de los germanos socialistas; y el segundo, llamado simplemente “Alex” por los residentes locales, el parque más importante del ex sector soviético de la ciudad; por ende, este binomio resultaba el punto de referencia por excelencia para los visitantes provenientes de alrededor del mundo.

“Es como la torre Eiffel: se ve desde todo lados”, me dije mientras me asomaba por la ventana y miraba hacia el sur, por la *Rosenthaler Strasse*, la cúpula esférica de acero inoxidable y con un mirador para recibir a sus visitantes.

El hotel tenía todos los atributos de Berlín Occidental. Contaba con un amplio salón comedor donde se servía el desayuno *buffet* y también funcionaba una barra en la que desde la tarde y hasta la noche se servían tragos como si fuese un bar. Junto a este sector, con vista a la vereda, había un espacio con computadoras y conexiones para otros medios electrónicos con juegos de mesa, diarios y revistas. Pero lo que más me gustó fue la habitación, de pocos metros cuadrados pero perfectamente distribuidos en dos compartimientos separados por un delgado muro con arcadas: uno destinado al lavamanos, la ducha y el inodoro -cada uno de ellos por separado-, y el otro a la cama, una mesa y dos sillas. Y de la pared colgaban un televisor y un espejo. Todo con un diseño multicolor y ecléctico, con mucho vidrio y muchas luces.

Los pisos de todo el hotel eran alfombrados y en el pasillo que conectaba a las habitaciones la alfombra tenía diseñado una serie de dibujos de pisadas, al igual que en los dos ascensores, cómodos y veloces.

Después de instalarme en mi habitación almorcé una hamburguesa con papas fritas en un local ubicado enfrente del hotel, del que me llevé un folleto con una guía práctica de la ciudad, la cual estudié para delinear mis próximos pasos. Así que para acelerar la digestión de la comida comencé a caminar por calles poco transitadas, dado que era sábado, en dirección sudoeste, hacia el *Spree*.

Bordeé el río por unas cuadras hasta llegar al *Reichstag*, donde observé los primeros grupos de turistas, tanto los que ingresaban a recorrer aquel histórico edificio como los que permanecían en el verde parque delantero, "*Platz der Republik*", tomando fotos de la fachada y apreciando el paisaje, como yo. Algunos sectores de las paredes del frente, sobre todo cerca de la cúpula, están negruzcos, evalué sin recordar el nefasto incendio de 1933 a manos de *Adolf Hitler* y que había dejado aquel edificio prácticamente en ruinas.

Sinceramente, no tenía intenciones de pasar demasiado tiempo bajo techo, por lo que caminé por una callejuela que se adentraba en el inmenso *Tiergarten*, un parque que parecía un verdadero bosque nativo con sus propios espejos de agua, y salí a la *Strasse des 17 Juni*. A mi derecha, la calle se extendía varias cuadras hasta una rotonda en la que se levantaba la Columna de la Victoria, "*Siegessäule*", con una brillante estatua de Isabelita de Oro en la cima. Pero opté por un recorrido más corto, así que crucé la avenida y llegué hasta el extremo del parque de cara a la imponente *Puerta de Brandeburgo*, cuyo estilo neoclásico la asemejaba a la Acrópolis de Atenas más que a un Arco del Triunfo. Aquí sí había una muchedumbre de visitantes de distintas edades y nacionalidades: niños, adolescentes, jóvenes, adultos, mayores, americanos, europeos, asiáticos, africanos, etc.

Todos los allí presentes querían tomar fotografías de la estatua de la Cuadriga que a unos 30 metros del suelo coronaba dicha puerta construida en arenisca y

representaba a la diosa de la paz, Irene, montada en un carro tirado por cuatro caballos orientados hacia el centro de la ciudad.

A diferencia de la Isabelita de la Columna de la Victoria, la Cuadriga de la Puerta de Brandeburgo no brillaba como el oro, sino que, dependiendo de la intensidad de la luz, se veía de un color verde agua o celeste.

Al leer -en inglés- la breve reseña histórica de la puerta y la Cuadriga aprendí que esa estatua había sido llevada en 1806 por Napoleón I a París para exhibirla como trofeo de guerra, aunque poco tiempo después fue regresada a Berlín, y no pude evitar sentirme minúsculo como una bacteria. ¿Qué mérito había hecho un tipo como yo, un pobre diablo sin memoria, para estar allí parado en uno de los 18 históricos accesos de la muralla que a fines del Siglo XVIII protegía una de las principales ciudades de Europa? Ninguno. Era simplemente un afortunado. ¿Realmente lo era? Eso dependería de si luego de mi inevitable partida iba a poder recordar haber estado en ese lugar.

Cuando tomé mi foto de la Cuadriga y me alejé de la puerta cayó una breve llovizna que no menguó el espíritu curioso de los paseantes y en mi caso en particular anduve un par de cuadras por la *Eber Strasse* que bordeaba el Tiergarten hasta que me detuve en el *Memorial del Holocausto*, que contaba con un patio en el que se levantaban unas 2700 columnas de cemento de distintas alturas, ninguna más alta que una persona, que formaban una especie de cuadrícula laberíntica que me estremeció recorrer porque tuve la sensación de estar caminando entre tumbas. La simetría de aquel paisaje gris plomo abrumaba pero peor me sentí cuando visité el museo subterráneo.

Por un lado, aquel malestar tuvo que ver con un episodio ocurrido mientras yo hacia la fila para ingresar y al otro lado de la calle, en la terraza de un bar, escuché a mis espaldas, en un tono chistoso que me resultó sumamente familiar y no sólo por el

idioma, a un joven que le decía a otros dos amigos: “¿Metemos primero un porroncito y después un Holocausto o al revés?”

Podría decirse que ingresé al museo mal predispuesto por aquella situación. El estómago se me terminó de anudar y un profundo escalofrío me atravesó la piel de gallina cuando en uno de los salones del museo observé las notas originales escritas de puño y letra por víctimas de los campos de concentración nazi. Esos trozos de papel roídos, amarillentos y abollados se exhibían detrás de un vidrio colocado en el suelo y estaban traducidos al inglés y al alemán. Los mismos habían sido recuperados de esos sitios de exterminio tras la Segunda Guerra Mundial y mostraban con una cruda caligrafía aquel doloroso y oscuro tramo de la historia de la Humanidad. En cada uno de ellos, los autores de dichas notas pedían, en su propio idioma, auxilio para sí y para sus familiares, casi todos desaparecidos; o bien se despedían de sus seres queridos a sabiendas que estaban a punto de morir.

El nudo me acompañó varias cuerdas en mi trayecto por Eber Strasse hacia *Potsdamer Platz*. Fue un camino tan curioso como opuesto a las sensaciones que me había despertado el Memorial del Holocausto ya que admiré con sorpresa y sonrisas los diferentes medios de locomoción utilizados por los turistas y que ofrecía la propia ciudad. Por ejemplo, estaban los que paseaban en grupos y que lo hacían de dos principales maneras: una, a bordo de una especie de monopatín automático que en vez de tener una rueda adelante y otra atrás, tenía las dos adelante, como si fuese una prolongación del calzado de quien iba en él. Y la otra, en una bicicleta para seis u ocho personas que no se sentaba una detrás de otra, sino que el cuadro del rodado era circular, como una mesa redonda en la que todos miraban al frente, hacia sus compañeros pero pedaleando al mismo tiempo.

Pero lo más insólito que alcancé a ver en esas calles de esa zona del centro berlinés fue una pareja joven que iba recostada en una cama de dos plazas con ruedas, la cual era acarreada por un auto antiguo. Y hablando de autos, también vi pasar velozmente unos *kartings* con el diseño de un descapotable de la época de James Bond y los espías de la Guerra Fría.

La mezcla de distintos y hasta contrapuestos estados de ánimo en el corazón de Berlín me resultó sencillamente increíble. Y más aún cuando arribé a Potsdamer Platz, donde las luces multicolores y el *Museo Sony* me hicieron sentir como si hubiese viajado al futuro.

Los modernos rascacielos de hierro y vidrio eran como espejos en los que se reflejaba la muchedumbre reunida en aquella plaza rodeada de variados comercios de ropa, artículos electrónicos y gastronómicos, principalmente.

En aquel clima festivo donde la gente compraba, comía y bebía, sentí un fuerte dolor en los pies debido a las ampollas que me habían salido en los dedos pulgar e índice como consecuencia de las extensas y reiteradas caminatas que ya llevaban cinco días consecutivos. Así que me senté en un banco de plaza a analizar el mapa de mi guía turística y descubrí que con el *ticket* que había sacado en la terminal ferroviaria junto al aeropuerto de Schönefeld podía viajar el resto del día –tenía validez por 24 horas- en todos los medios de transporte públicos de la ciudad que, al igual que París, tenía tres áreas de alcance y yo había pagado por un pasaje que las incluía todas ya que provenía de la periferia.

Saqué el *ticket* del bolsillo de mi pantalón de jean y me dirigí hasta la estación de subtes de Potsdamer Platz para emprender el regreso al hotel, a pesar de que todavía era temprano en la tarde y el cielo comenzaba a despejarse.

Confiado, abordé el primer subte que llegó al andén y me ubiqué cómodamente en uno de los asientos del vagón, cerca de la puerta y con vista al cartel con el mapa de las estaciones colgado junto a la misma. Tal vez haya sido el cansancio o el relajamiento, no sé; lo cierto es que me distraje unos minutos hasta que en una de las paradas me di cuenta de que estaba viajando en la dirección equivocada. En vez de ir hacia *Rosa Luxemburg Platz* estaba yendo en sentido opuesto, hacia el Oeste. Así que me bajé en la siguiente parada, que fue la del *Zoológico* situado en el extremo más lejano del Tiergarten.

Podría haber tomado allí mismo el subte correcto pero no lo hice. Ya que llegué hasta acá, veamos como es, pensé, un poco furioso por mi error y otro tanto agradecido a que me había escapado por un rato de mis rígidos planes.

En ese estado de sensaciones encontradas pasé por el frente del Zoológico, el cual tenía una entrada con una gran arcada sostenida por dos anchas columnas que, en realidad, eran sendas estatuas de elefantes. Allí también había demasiadas personas esperando y como yo no tenía intenciones de gastar mi dinero en un lugar así, me dirigí hacia la avenida *Hardenberg Strasse*, la cual tenía un bulevar y una gran cantidad de locales comerciales en las veredas de ambas manos.

Más tranquilo, me detuve a tomar algo en un café al paso que funcionaba en la vía pública, con un mostrador y butacas al aire libre. Luego de la breve merienda, seguí tres cuadras más hasta que la avenida hizo una curva y cambió de nombre por el de *Budapester Strasse*. Y justo allí, de la mano derecha me topé con las sombrías ruinas de la iglesia evangélica luterana en memoria del *Kaiser Guillermo* que se encontraba en la *Breitscheid Platz*.

Junto a lo que se había conservado de aquel monumental templo neorrománico bombardeado en la Batalla de Berlín durante la Segunda Guerra Mundial me llamó la

atención la gran cantidad de arreglos florales, velas y cruces cristianas depositadas en las escalinatas de la plaza por las distintas personas que se acercaban hasta allí. “Parece un santuario”, me dije mientras permanecía parado, a una prudencial distancia de dicho escenario que me desconcertó.

*Anis* nació en diciembre de 1992 en la ciudad de *Tataouine*, en el extremo sur de Túnez, donde es la capital de la homónima gobernación, la más extensa de las 24 en las que está organizado el mencionado país africano y, a su vez, la menos densamente poblada.

En febrero de 2011, *Anis* llegó a la isla de Lampedusa, en *Sicilia*, Italia, a bordo de una embarcación pequeña y junto a tres amigos de su misma ciudad. Y como él mismo dijo a las autoridades migratorias que tenía 17 años se lo alojó en un centro de menores de *Catania* y se lo inscribió en un colegio para que terminase sus estudios aunque luego se descubrió que era mayor de edad.

En julio de aquel año, el tunecino fue detenido por haber incendiado al centro de acogida en el que residía y otros delitos como robo, amenazas y agresión, a raíz de lo cual pasó cuatro años en la cárcel de Ucciardone de *Palermo*, la capital siciliana.

En paralelo, *Anis* fue condenado en ausencia a cinco años de prisión por un robo violento de un camión en Túnez luego de que, según su familia, un amigo lo inculpó falsamente antes de que se fuera a Italia.

Tras salir de prisión, las autoridades italianas decretaron la expulsión de *Anis* por violento y conflictivo, aunque sus familiares aseguraron que él había estudiado dentro de la cárcel y lo liberaron antes de tiempo por buen comportamiento.



Pero Anis no regresó a Túnez, donde el amigo que lo había denunciado luego se desdijo e, incluso, el chofer del camión robado no lo identificó como uno de los autores del hecho, a partir de lo cual, la defensa del joven solicitó que anularan la sentencia.

Por temor a ser nuevamente detenido, Anis se alejó de su país y pidió asilo político en Alemania, adónde arribó en diciembre de 2015, a pesar de que le rechazaron su solicitud ya que se creía que durante su encierro en Italia se había involucrado con islamistas radicales.

De hecho, entre marzo y septiembre de 2016, las autoridades alemanas lo tuvieron bajo vigilancia ya que figuraba en la base de datos de las fuerzas antiterroristas. En Berlín temían que este joven de pelo negro y ojos marrones cometiese un robo para comprar armas de fuego automáticas con las cuales después podría cometer un atentado en la capital alemana.

Los investigadores determinaron que el muchacho cambiaba su aspecto con frecuencia y también contaba con una seis identidades diferentes, dos de ellas de nacionalidad egipcia y libanesa; pero lo habían individualizado por una serie de marcas que tenía en la piel, en el cuello y la nariz.

Sin embargo, la vigilancia cesó ya que los únicos indicios fuertes reunidos por los agentes de inteligencia sólo sostenían que se trataba de un vendedor de drogas al menudeo.

Tanto en Berlín como en el estado de *Nordrhein Westfalen*, Anis se mantuvo gracias a trabajos temporales, siempre en negro, y le contaba a sus familiares que residían en su país natal que no le gustaba vivir allí porque no entendía la lengua pero que pensaba quedarse varios meses para poder ahorrar dinero, regresar a Túnez y montar su propio negocio.

De todos modos, los pesquisas alemanes creían que el joven ya integraba una red salafista llamada “Verdadera Religión”, la cual creció alrededor de un conocido reclutador iraquí para el EI en territorio germano que fue capturado en noviembre de 2016 junto a otro extremista buscado internacionalmente.

Previamente, en julio de ese mismo año, Anis fue arrestado por una pelea con armas blancas en Berlín, tras lo cual, los alemanes intentaron deportarlo pero no lo lograron ya que los tunecinos se negaron a reconocerlo como ciudadano propio.

El 19 de diciembre de 2016, alrededor de las 20, un camión con acoplado Scania R450 de color negro, con matrícula de *Polonia* y que pertenecía a una empresa de aquel país, transitaba por la Budapester Strasse cuando embistió un repleto mercado navideño que funcionaba tradicionalmente de la Breitscheid Platz, junto a Iglesia Memorial del Kaiser Guillermo.

Este camión se suponía que debía regresar a Polonia luego de haber partido de la ciudad italiana de *Turín* con una carga de vigas de hierro, pero al llegar a Berlín, su chofer, *Lukasz*, fue interceptado por un terrorista armado que lo secuestró y tomó el control de su vehículo pesado.

De acuerdo a la compañía polaca, el último contacto con el camionero había sido entre las 15 y las 16 de ese día, cuando *Lukasz* informó que llegaba con retraso para descargar en la capital alemana, por lo que tendría que pasar la noche allí y hacerlo la mañana siguiente.

Los propios familiares del chofer confirmaron que habían perdido contacto con él después de las 16 y que esto, sumado a los movimientos extraños que registraba su GPS, los había preocupado.

Al parecer, Lukasz ya había sido asesinado a puñaladas y de un tiro en la cabeza cuando el terrorista dio una vuelta con el camión alrededor de la plaza y luego condujo entre 50 y 80 metros por el interior del mercado, atropellando a centenares de personas y destruyendo distintos puestos hasta detener su marcha justo frente a la iglesia.

Una vez detenido el camión, el terrorista descendió del mismo y, de acuerdo a los que observaron varios testigos presenciales, escapó a la carrera hacia el cercano predio del Tiergarten, a la altura del Zoológico. De hecho, uno de los testigos lo persiguió con intenciones de detenerlo pero no lo alcanzó.

Como consecuencia del atentado, murieron un total de 12 personas y unas 560 resultaron heridas. Mientras que el cadáver apuñalado y baleado de Lukasz fue hallado en el asiento del conductor del camión Scania.

Ante este ataque brutal, la primera reacción del gobierno alemán fue prudente y medida, aunque sus funcionarios se sentían tan conmocionados como la comunidad internacional testigo de lo ocurrido.

“Debemos suponer que fue un ataque terrorista”, dijo la canciller Merkel en declaraciones a la prensa horas después del hecho, al tiempo que se conoció que el Departamento de Estado de los Estados Unidos había advertido sobre la posibilidad de atentados en los mercados navideños de Europa como respuesta a los acontecimientos que por entonces se producían en la guerra contra el terrorismo, especialmente en la denominada “*Batalla de Mosul*”, en el norte de Irak.

Es que en octubre de 2016 había comenzado una gran ofensiva militar a cargo del gobierno iraquí, milicias aliadas, tropas kurdas y fuerzas de la coalición internacional encabezada por Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y Alemania, con el objetivo de conquistar la ciudad de Mosul, la cual estaba en manos del EI desde junio de 2014, cuando se formó dicha organización terrorista.

De hecho, esa coalición se había creado en diciembre de aquel año y tenido en marzo de 2016 tuvo las primeras incursiones militares en los territorios dominados por la organización terrorista.

Para retomar el control de la región de Mosul, el gobierno iraquí movilizó la mayor fuerza de combate desde la invasión del país en 2003 por parte de los EE.UU.

La batalla comenzó con avances rápidos y en apenas 10 días, las tropas kurdas junto a las iraquíes lograron llegar a la ciudad. Y si bien el EI retrocedió y los aliados controlaron gran parte del territorio -unos 5700 km<sup>2</sup> y 369 asentamientos-, en diciembre de 2016 la avanzada se había estancado.

Mientras tanto, en Berlín, el Comando Especial de Despliegue allanó un hangar del aeropuerto *Tempelhof*, en el norte de la capital alemana, el cual era ocupado por refugiados de distintas nacionalidades.

Allí, los policías detuvieron a un paquistaní que vivía junto a otras seis personas en una pequeña habitación. Sin embargo, tras analizar su teléfono celular y documentación, los perquisas determinaron que tenía un permiso de residencia desde el 2 de junio de 2016, a lo que se sumó que los peritajes forenses no pudieron probar su presencia dentro del camión Scania.

Por ello, este joven fue liberado por faltas de pruebas el 20 de diciembre y horas después de esta decisión judicial, el EI se adjudicó la autoría del atentado en el mercado navideño de Berlín a través de un comunicado en la agencia *Amaq News*.

Para la justicia alemana quedaba lo suficientemente claro que este sospechoso no podía ser el perpetrador o pertenecer al grupo de perpetradores.

A pesar de este revés judicial, el esclarecimiento del atentado comenzó a darse a partir de dos elementos claves: uno, que dentro de la cabina del camión se halló

documentación referida a una suspensión de deportación a nombre del tunecino Anis y dos, que en el mismo habitáculo se encontraron huellas dactilares de dicho joven, especialmente en el volante del vehículo.

Ante estas pruebas, el 21 de diciembre, la fiscalía ordenó la captura nacional e internacional de Anis y ofreció una recompensa de 100 mil euros para quienes aportasen datos que permitieran localizarlo.

El 22, mientras el tunecino era buscado por toda Europa, uno de sus hermanos pidió a través de distintos medios de prensa que se entregara a la Policía: “Si se demuestra que él tiene algo que ver con el suceso, renegamos de él.”

Durante la búsqueda de Anis, desde Italia se publicaron historias sobre los antecedentes penales del tunecino y los Estados Unidos informó que, al parecer, el joven se había informado a través de Internet cómo fabricar una bomba casera. También se afirmó que se había contactado por las redes sociales con el EI y que figuraba en la lista de pasajeros prohibidos de sus aerolíneas.

Sin embargo, la cacería duró poco tiempo más ya que la madrugada del 23, Anis fue localizado saliendo de la estación de trenes *Sesto S. Giovanni*, en un suburbio de la ciudad italiana de *Milán*.

El joven fue interceptado por dos policías que realizaban un control de rutina en los alrededores de la plaza *Primo Maggio*, ubicada junto a la terminal ferroviaria, pero se negó a mostrarles su documento de identidad. De acuerdo a los efectivos italianos, al acorralado, Anis gritó “¡Alá Akbar!”, se resistió a los tiros e hirió a uno de los agentes en un hombro, mientras que el otro repelió la agresión y lo mató a balazos.

En Italia, la versión oficial que se comunicó fue que no cabían dudas de que el fallecido había sido el autor del atentado en Berlín y que lo estaban siguiendo desde que había tomado un tren desde Turín a Milán.

Y tal como había sucedido con la liberación del sospechoso paquistaní, horas después de confirmarse la muerte de Anis, el EI difundió un video en el que se veía al tunecino jurando lealtad a la organización desde un puente peatonal en Berlín, a pocos kilómetros del lugar del atentado.

El santuario junto a las ruinas de la iglesia me heló la sangre del mismo modo que me había ocurrido un rato antes en el museo del Holocausto, pero esta vez con afiches y carteles con frases como “*I Love Berlin*” o “*Ich bin ein Berliner*” (*Yo soy un berlinés*, en alemán) y la presencia de algunas personas que rezaban de rodillas y lloraban. Así que no me detuve mucho tiempo más allí, crucé la Budapester Strasse y regresé en dirección a la estación del Zoológico bordeando el predio del mismo, mientras que en la mano de enfrente, una muchedumbre -en su mayoría turistas- caminaba por la vereda y de tanto en tanto se detenía a ver alguna vidriera o ingresaba a un local comercial.

Y mientras avanzaba a paso lento entendí que los inviernos y otoños allí deberían ser demasiados crudos, por lo que durante los seis meses restantes las personas no se perdían ni una sola jornada que ofreciese un clima benévolo, ideal para disfrutar de la ciudad al aire libre.

Al llegar a la estación, en vez de tomar el subte para volver por el mismo lugar que había arribado, abordé la línea 5 del *S-Bahn*, o tren elevado, para poder apreciar con los últimos minutos de luz natural el recorrido, que implicó viajar en sentido noreste, bordeando el zoo y el Tiergarten hasta *Hackescher Markt*; lo que me tomó apenas once minutos. Y lo que más me impresionó de aquel trayecto fue pasar por *Hauptbahnhof* -la estación central-, la cual me impactó por las siderales dimensiones de sus incontables andenes y su techo vidriado en forma de cúpula.

Según mi guía, en Hackescher podía combinar con el tranvía para llegar hasta Rosenthaler Platz, a metros del hotel, pero cuando descendí del tren me encontré que en los arcos bajo los andenes elevados había una larga hilera de comercios gastronómicos con terrazas que se desplegaban por amplios patios decorados con variados jardines y faroles que generaban un atractivo ambiente para recibir el anochecer.

Di un rodeo por aquellos patios con mesas y sillas totalmente ocupadas por los paseantes y a pesar de que ya era casi de noche, y como el dolor en los pies me había dado un respiro, no me subí al *Tram* sino que empecé a caminar hacia el hotel por la iluminada y transitada Rosenthaler Strasse.

Por dicha avenida descubrí que una marcada diferencia entre un simple turista como yo y un berlinés original era la vestimenta de estos últimos, quienes llevaban puestas ropas modernas, de las mejores marcas, con un estilo elegante *sport* y no tan formal como había percibido yo en las calles parisinas, lo que les daba un aspecto juvenil por más que no lo fueran. Claro que también influía en consolidar esa imagen la genética, ya que tanto los hombres como las mujeres eran altos, delgados, de tez limpia y cabellera abundante pero bien cortada.

El retorno al hotel me estaba llevando un tiempo considerable, que se sumaba al alto consumo de energías que había tenido durante toda la jornada yendo de un lado hacia el otro sin parar. Esta noche no voy a salir a cenar. Estoy cansado, me dije al mirar la hora en la pantalla de mi celular. Mejor me compro algo en el camino y como en la habitación, concluí; tras lo cual, me introduje en uno de los tantos *Markets* que había en mi camino y me llevé un sándwich de jamón, queso y pepino, y una botella de cerveza de medio litro a cambio de unos pocos euros en efectivo. Y también compré un diente de ajo, aunque no para agregarlo al menú, sino para frotarlo en mis ampollas como remedio casero.

Pero poco antes de arribar al hotel me di cuenta de que dentro de la habitación no tenía un abridor para la botella de cerveza, por lo que entré a un quiosco que tenían una oferta bastante parecida al *Market* y compré uno pequeño que podía guardar en el bolsillo de mis pantalones. Podría haberme arriesgado a pedir prestado uno en el bar del hotel, pero sinceramente no estaba al tanto de cuáles eran las reglas respecto a comer y beber dentro de las habitaciones. Y tampoco iba a pedir que me la abriesen en el quiosco porque probablemente habría botado sin querer el contenido intentando ocultarla al momento de ingresar al alojamiento.

Me va a servir de lección para el resto del viaje, evalué al salir del segundo comercio y observando un grupo de amigos que brindaba con sus porrones de cerveza en la mesa ubicada al lado de la puerta del local, que de esa forma -más toda la variedad de bebidas alcohólicas que ofrecía- parecía funcionar como un bar al paso.

Cuando pasé por la recepción del hotel a buscar la llave de mi habitación ya había varios jóvenes en la barra y en las mesas del salón comedor que, gracias a su decoración moderna y pintoresca, se veía como un verdadero bar nocturno. ¡Qué lindo está! Mañana vengo a tomar un trago, pensé justo antes de entrar al ascensor.

Apenas pisé el interior de mi habitación me quité las zapatillas y me senté en la cama. Coloqué la botella sobre la mesa ubicada junto a la ventana y después de utilizar mi flamante abridor di un largo sorbo. Luego, saqué el sándwich de su envoltorio y al lado dejé el ajo dentro de un bollo hecho con un pañuelo descartable para que no me impregnara su olor en los dedos mientras cenaba.

Encendí el televisor y tras un breve *zapping* dejé sintonizado el noticiero de *BBC World* que transmitía un resumen de las noticias más importantes de la semana, entre ellas, la visita que “el fenómeno” Macron haría en los próximos días a la canciller



alemana y la previa a la cumbre de la OTAN que se llevaría a cabo a fines de mes en Bruselas.

Una vez que terminé de comer y todavía quedaban unos sorbos en la botella de cerveza, tomé el ajo, me quité las medias y comencé con las curaciones en los dedos de mis pies. Y mientras mis ojos estaban puestos en mis ampollas, en la pantalla del televisor mostraban a Merkel anunciando que rechazaba que la OTAN ampliase su apoyo a la coalición internacional contra el EI con aviones de alerta temprana, al tiempo que evitó aclarar si Alemania estaba dispuesta a enviar más tropas a Afganistán.

El hedor de la alicina enseguida invadió el aire de la habitación, por lo que me levanté de la cama y abrí un poco la ventana. Y en medio del concierto de sonidos de la calle escuché la alarma de mi celular que indicaba que tenía un mensaje instantáneo nuevo. Apurado, tomé el aparato de la mesita de luz y lo revisé: en el grupo “Amigos” un tal “Juan Manuel” invitaba al resto a su fiesta de cumpleaños a llevarse a cabo el fin de semana siguiente en su casa, ante lo cual, varios de los otros contactos fueron respondiendo de uno. Yo supuse que todos ellos, o la mayoría, estarían al tanto de que me encontraba de viaje, por lo que opté por mantenerme al margen de la charla que se fue suscitando. De hecho, cuando vi que los mensajes se multiplicaban sin mucho sentido, apagué el teléfono. Claro, allá deben ser cinco horas menos que acá, razoné antes de irme a dormir.

## VI

La noche anterior me había quedado dormido temprano al punto que me desperté a mitad de la madrugada aun vestido, por lo que me cambié de ropa y seguí durmiendo hasta que las primeras luces de la mañana me llevaron a levantarme de la cama. Un fuerte olor a ajo emanaba de mi pie derecho, el cual ya no me dolía tanto como la jornada previa, por lo que me di una prolongada ducha que me quitó dicho aroma y también la somnolencia. Me vestí del mismo modo que lo había hecho durante mi estadía -un pantalón de jean y remera de mangas cortas- y guardé las medias impregnadas de alicina dentro de una bolsa de nailon que coloqué en el armario, separada del resto de mi equipaje.

Y mientras esperaba que abriese el salón comedor dónde iban a servir el desayuno permanecí junto a la ventana abierta, observando las calles semivacías de Berlín. Es temprano y domingo, me dije al ver tanto poco movimiento en la vía pública.

Cuando finalmente bajé a desayunar, el comedor estaba prácticamente ocupado en su totalidad por los huéspedes del hotel, entre los que había parejas adultas y también jóvenes, y viajeros solitarios como yo aunque bastante más jóvenes. Así que tomé una bandeja del mostrador junto a la barra, coloqué una taza vacía y me ubiqué en uno de los extremos de la larga mesa del medio, en la que estaban sentadas varias personas más, como si fuese un hostel.

La oferta de alimentos y bebidas era muy completa: productos panificados, frutas, fiambres, lácteos, cereales, huevos, café, té, jugo, etc. Pero yo, siguiendo mis hábitos gastronómicos, opté por lo dulce; así que me serví un café con leche y una gruesa dona de chocolate y vainilla. Y cómo al terminar este menú todavía sentía hambre, me preparé dos tostadas con una mermelada de frutos rojos y manteca.

Apenas terminé de utilizar y vaciar todos los utensilios, una mesera pasó rápidamente por la mesa y los retiró con extrema eficiencia y cordialidad, aunque con suma seriedad y sin siquiera una sonrisa, lo que no implicaba necesariamente que no le gustase su trabajo, el cual constaba, además, de reponer los recipientes con las bebidas y las bandejas de alimentos que traía de la cocina ubicada detrás de una puerta vaivén, en el fondo del salón. Mientras tanto, detrás del mostrador, otros empleados se aseguraban de que las tostadoras eléctricas y los microondas estuviesen funcionando sin inconvenientes.

Parecía un impecable mecanismo de relojería, en el que cada uno de los engranajes se complementaba a la perfección. Claro que aquí también influían positivamente los comensales, extremadamente educados y respetuosos. Y algo que me llamó poderosamente la atención fue que a pesar de que se trataba de un desayuno *buffet*, en el que cada uno debía servirse lo que deseara, en ningún momento se originaron filas, demoras ni entredichos.

Antes de regresar a mi habitación para utilizar el baño me senté en uno de los sillones del living de la recepción donde primero ojeé el *Berliner Zeitung* que ofrecían en los mostradores -entendí algunas palabras sueltas apenas- y luego revisé mi guía con el mapa de la ciudad para decidir el itinerario del día.

Una vez resueltos mis pasos a seguir chequeé, una vez más, mi celular, en el que esta vez hallé un archivo de texto con el nombre de un banco, un usuario y una contraseña. Ante esta situación, me dirigí hasta el sector de las computadoras junto a los ascensores e ingresé al *website* de dicha entidad bancaria y con los datos que había descubiertos accedí a una cuenta a mi nombre en la que había una tranquilizadora cantidad de pesos que respaldaban mis potenciales gastos con tarjeta de crédito. Respecto a estos últimos, revisé si los últimos consumos que había efectuado durante el

viaje se habían acreditado correctamente y al no detectar ningún error ni estafa, me sentí aún más aliviado.

Mis primeras pisadas en la vereda de la Rosenthaler Strasse me demostraron que los poderes curativos del ajo eran realmente ciertos, en especial, sus tremendas propiedades antibacteriales, las cuales resultaban ideales para proteger mis ampollas de una infección, lo que más dolor provocaba. Lo único que debía recordar en este caso era no frotarme más de 10 minutos la zona afectada para evitar que se me irritase la piel.

El tranvía pasó con apenas un par de pasajeros cuando la calle hizo una curva, bordeando un pequeño parque en el que había una cancha de básquet desierta. Desde allí, justo adelante mío, tenía una perfecta vista de la torre de televisión, por lo que me detuve a tomar una bella fotografía con las flores del parque como decorado de base.

Continué por la solitaria vereda mientras la mayoría de los comercios todavía no habían abierto al público. Las calles en silencio -cada tanto pasaba alguien en bicicleta- me llenaron de una dulce melancolía y a paso lento llegué al Hackerscher Markt, el cual no tenía el encanto del atardecer anterior ya que recién comenzaba a mostrar sus primeros signos de actividad.

Pasé por la estación del S-Bahn y tomé por la *Burgstrasse*, que delimitaba otro hermoso parque verde junto al Spree, que fluía manso hacia el sur, mi misma dirección. Y al cruzar un puente sobre el río me impresioné con la vista de la *Catedral de Berlín*, con sus cinco cúpulas verde agua que se levantaba sobre a margen opuesta al parque, detrás de una alta fuente.

Aquí sí advertí que el movimiento de turistas crecía con cada paso que daba en dirección a la denominada “*Isla de los Museos*”, ubicada junto a la catedral y que constaba de un gran patio rodeado de una serie de magníficos edificios históricos que

guardaban valiosísimas obras de arte detrás de sus fachadas cargadas con escalinatas, estatuas y floridos jardines.

A esa temprana hora, los museos continuaban cerrados, por lo que me dirigí hacia la catedral, donde en ese momento celebraban una misa. Un empleado del lugar vestido con un impecable traje me indicó que cuando terminase la ceremonia se iba a poder visitar el interior del templo y me señaló las máquinas automáticas expendedoras de los *tickets* de ingreso, situadas junto a las columnas del frente.

Adquirí mi entrada para visitar el interior de la catedral con mi tarjeta de crédito y regresé al patio central de la isla, desde donde tomé varias fotografías de la cúpula central con la cruz dorada en la cima, que refractaba la luz solar como si estuviese prendida fuego, y también de los museos.

El folleto que tomé apenas ingresé a la nave principal indicaba que la catedral había sido construida entre 1894 y 1905 durante el reinado del *Emperador Guillermo II*, luego fue bastante dañada durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial y recién entre 1975 y 1993 la habían refaccionado con un diseño más simple y menos altura que la original en su parte superior.

Este toque moderno, sumado al mobiliario íntegramente construido en madera y los pisos cubiertos por alfombras de terciopelo rojo, me sedujo más que los interiores de las catedrales que había visitado en París y en Madrid. Ya en la planta baja me impactó el altar de mármol blanco y ónix amarillo, con sus candelabros de hierro chapado en oro, y a la derecha de este recinto, el órgano revestido también en madera y considerado uno de los más importantes del romanticismo alemán con 7269 flautas, 113 registros y cuatro manuales que le permitían crear innumerables tipos de matices sonoros, aunque en el momento en que lo vi estaba mudo.

La mejor vista del altar y el órgano la obtuve subiendo al palco imperial, ubicado en la esquina sudoeste y donde también se combinaban los colores rojo, dorado y madera. Y desde allí accedí a una escalera de mármol que se elevaba, ancha y majestuosa bajo unas enormes arañas y rodeada de frescos y cristales que embellecían las paredes laterales.

Por ese camino subí hasta la terraza que rodeaba la cúpula central y me encontré con una maravillosa vista del centro de la ciudad y sus alrededores verdes, con el inmenso Tiergarten hacia el oeste.

Desde allí arriba, la isla de los museos se veía como un tablero con casilleros de cemento y césped por el que los turistas se movían como piezas inquietas que no respetaban las reglas del juego y se guiaban por sus propios impulsos y sensaciones. Sólo los más jóvenes preferían sentarse en el pasto para relajarse y dedicar su tiempo a la contemplación de un escenario que combinaba historia, arte, religión y naturaleza bajo un sol radiante.

Pero esa temperatura cálida se esfumó cuando descendí a la cripta donde sus 94 tumbas, sepulcros y sarcófagos que representaban más de 500 años de cultura funeraria de *Brandeburgo* y *Prusia* me erizaron la piel como si fuesen témpanos de hielo, razón por la cual, no permanecí allí demasiado tiempo.

Mi visita a la catedral terminó siendo breve; sin embargo, antes de retirarme no me olvidé de tomar una fotografía del interior de la cúpula central en la que se exhibían ocho mosaicos con representaciones bíblicas.

Al abandonar el templo crucé el Spree en dirección al *Museo de la ex República Democrática Alemana (RDA)*, en cuyo frente vidriado se podía apreciar una réplica en tamaño real de un *Trabant*, el auto más popular de aquel país.

Este vehículo, cuyo nombre quería decir “satélite” en alemán y se lo conocía como “Trabbi”, había sido fabricado por la compañía VEB Sachsenring en Sajonia, en el centro-este del país, con una carrocería de resina fenólica traída de Moscú y un motor de dos cilindros. Tenía capacidad para cuatro adultos y un baúl para el equipaje.

El primer modelo, el P600 se había fabricado entre 1960 y 1965, el P601 entre 1966 y 1990 y le siguió el 1.1, pero éste sólo se hizo hasta 1991, cuando la RDA se acababa de incorporar a la *República Federal de Alemania* y se produjo la reunificación del país germano.

No sólo el exterior de aquel auto comunista y de bajo costo atrajo mi atención, sino que fue el hecho de que se podía subir al mismo y simular conducir por las calles de la RDA lo que terminó de convencerme por pagar la entrada y visitar el museo. Y creo que varios de los paseantes que se encontraban allí pensaron como yo.

Es como un viaje en el tiempo, me dije, contento, al sentarme detrás del volante del Trabant y mirar las imágenes que se proyectaban en el parabrisas: una angosta callejuela de asfalto que se adentraba en un barrio de bloques de departamentos grises con aberturas pequeñas y parques reducidos y casi sin flores. Y para completar el cuadro, en aquel escenario ficticio, pero cuyo tono anodino y lineal se percibía con extrema naturalidad, cielo se veía plomizo.

La simulación de conducir fue sencilla ya que sólo había que pisar el pedal del acelerador y mover el volante. Duró apenas un par de minutos y si no hubiese habido otros visitantes esperando su turno, hubiese dado otra vuelta, sin dudas.

Desde afuera o la recepción misma, el museo no parecía tan grande, pero me equivoqué porque en sus distintos salones pude apreciar la recreación de una casa típica de la RDA con todos sus ambientes listos, como si una familia estuviese viviendo allí en ese momento. Las paredes estaban empapeladas con distintos motivos, en la habitación

de los niños había juguetes hechos con bloques de madera, en la cocina abrí la heladera y si bien en el interior no había alimentos verdaderos, sí encontré representaciones gráficas de los mismos. Luego, el ambiente más amplio era el living comedor, donde delante de un sillón de dos plazas había una biblioteca con varias repisas llenas de libros sobre política e historia y un televisor encendido en el que se transmitía, una y otra vez, un encendido discurso de un dirigente socialista alemán de la época.

Tanto en el dormitorio matrimonial como en el pasillo de entrada había ropa colgada en percheros y roperos. Me acerqué a tocar y oler unos abrigos y tuve la sensación de que eran prendas originales que habían sido utilizadas en aquellos años del mundo bipolar.

*“Journey back to socialism* (‘Viaje de regreso al socialismo’, en inglés)”, titulaba el folleto que llevaba en mis manos y que remarcaba que los ciudadanos de la RDA habían sido apartados del mundo exterior por un muro y alambre de púas, mientras el Ministerio de Seguridad Estatal los vigilaba de manera encubierta.

Justamente, otras salas del museo tenían que ver con esa vigilancia a cargo de la *Stasi* y mostraban una celda para los presos políticos, una sala de interrogatorios para los detenidos y un cuarto donde los espías, a través de un equipo de radio con auriculares, escuchaban a los espías, luego comunicaban las novedades por teléfono y redactaban informes para sus superiores con una máquina de escribir.

Lo más interesante fue la recreación en otro sector del museo de una sala de jardín de infantes tan minimalista y rústica como la habitación de los niños en la casa familiar. Me asomé por la ventana de la salita y la “lluvia” mojaba el tobogán y el columpio del jardín exterior. Pero el cuadro no estaba completo, al menos para mí,

Fue después de pasar por un salón dónde exhibían distintos videos de la televisión estatal cuando terminé de redondear una idea concreta. En esa pantalla me



detuve a ver y escuchar como entrevistaban a unos alumnos de la escuela primaria que acababan de hacer unos dibujos con crayones sobre un trozo de papel y uno de los niños le mostraba a la maestra la casa que había imaginado. Era una estructura absolutamente deforme y la maestra le preguntó por qué la había hecho así, ante lo cual, el alumno le respondió que a él le hubiese gustado vivir en una casa diferente porque todas las que conocía eran iguales.

El socialismo tendría que haber sido interpretado como el amor: un sentimiento profundo, no una violenta imposición ideológica-política ¿O a alguien se lo puede obligar a estar enamorado? No funciona así, me dije al tiempo que veía que aquel alumno desencantado había dibujado una casa que parecía un *muffin* machucado o una nave espacial estrellada.

Algo ebrio por aquel romanticismo alemán, no presté demasiada atención a los otros salones donde se exhibían objetos vinculados a los principales políticos de la RDA y las fuerzas armadas. Sólo me detuve a apreciar un mural tamaño natural sobre el famoso beso entre el líder soviético *Mikhail Gorbachev* y el presidente de la Alemania Oriental, *Eric Honecker* durante el 11º Congreso del Partido Comunista en 1986, en Berlín Este; y el Mercedes Benz 500 color negro que utilizaban los funcionarios en aquellos años, el cual estaba estacionado en medio del *showroom* que contaba con un total de 250 mil objetos.

A pocos metros de la salida del museo me detuve en uno de los puestos de comidas rápidas abiertos junto al río y me ubiqué en una mesa en la vereda con vista a la parte posterior de la catedral, situada en la margen opuesta. Era pasado el mediodía, así que me compré una botella de medio litro de cerveza y un *Frankfurter* al pan con papás fritas, los cuales disfruté sentado bajo el sol, apreciando como éste reverberaba sobre la cúpula central y una embarcación con turistas se aproximaba sigilosamente por

el Spree, como si se tratase de una avanzada secreta que se disponía a dar comienzo a una invasión. Pero nada de eso ocurrió ya que los conflictos existían sólo en mi mente. Así que terminé mi comida y, como me sentía realmente cómodo, me bebí una segunda cerveza antes de reanudar mi paseo.

Fue un almuerzo pesado, por lo que traté de permanecer sentado la mayor cantidad de tiempo que me fuera posible para realizar correctamente la digestión y no tener que lamentar luego algún malestar estomacal. Sin embargo; el cielo comenzó a colmarse de nubes y si bien estas no traían lluvia consigo, arruinaban el escenario natural a mí alrededor. Así que me fui a caminar por la *Spandauer Strasse*, la cual estaba repleta de locales gastronómicos y tiendas deportivas, a los que se sumaban vendedores ambulantes que ofrecían gorras, remeras y llaveros, entre otros tantos objetos decorativos, con alusiones a Berlín. Uno de los vendedores, de raza negra, me exhibió un llavero con forma de Trabant de juguete y por un par de euros lo compré. Luego, seguí caminando hacia el Este unos 700 metros hasta llegar a Alexanderplatz donde primero tomé una foto de la torre de televisión de cerca y después abordé el S5 hasta *Berlín Ostbahnhof*, estación ubicada a unos 10 minutos.

Fue un breve viaje que me mostró la otra cara de la ciudad, ésa que no había advertido del todo el día de mi arribo, a medida que avancé hacia el sudeste y los lujos de la modernidad iban dejando su lugar a lo rústico y descolorido que aún quedaba en pie desde la época socialista. De hecho, la estación tenía un aspecto añejo y descuidado, al igual que la *Mühlenstrasse* por la que caminé unos 700 metros hasta llegar a *East Side Gallery*, la principal muestra al aire libre de los restos del *Muro*. Hasta allí, todo lo que crucé a mi paso me dio la impresión de estar roto y/o sucio, excepto por el estadio *Mercedes Benz Arena*, que se parecía a una futurista nave espacial recién aterrizada en medio de una ciudad en ruinas.

Justo a la altura de dicho estadio comenzaba la muestra que constaba de pinturas sobre las paredes originales a lo largo de unas cinco cuerdas que se extendían en la misma dirección que el río hasta un museo abierto desde 2016 para exhibir documentos, imágenes y videos, principalmente, sobre la Guerra Fría. Comencé mi paseo desde allí para después ir recorriendo los murales en sentido a la estación del S-Bahn y emprender más rápidamente el regreso al hotel.

La entrada al museo me resultó extraña ya que estaba cargada de demasiados elementos, algunos de los cuales no tenían nada que ver con el otro. Por ejemplo, en uno de los extremos había un mini Trabant sobre un par de columnas y junto a un helado de plástico gigante. En el medio, lindante a una garita pude ver la estatua de un pirata mientras que en el otro extremo encontré un trozo de muro con *grafitis* y una inscripción inspiradora: *“Lead me on my dreams among different time and space to share hope with other nations and believers. To observe with modesty the pure truth and to reveal prudently the magic and the mystery.”*

Es decir, “Dirígeme en mis sueños entre diferente tiempo y espacio para compartir esperanza con otras naciones y creyentes. Para observar con modestia la pura verdad y revelar prudentemente la magia y el misterio”, en inglés.

La carga filosófica y artística fue el común denominador del recorrido, en el que no entré al museo sino que observé hipnotizado cada uno de los murales. Muchos de ellos estaban en una fase de restauración, por ende, los cubría un alambre para que nadie realizara algún *grafiti* nuevo sobre ellos. Uno de los que más me gustó fue el de un hombre pintado de colores oscuros y mirando al frente, con su brazo derecho extendido y señalando con el dedo índice en el mismo sentido, junto a la frase en rojo, blanco y azul *“Stay free (Permanece libre)”*.

Tomé fotografías de éste y de otro con una inscripción gigante de “Berlín” en rojo y otro gris plomo con el título “*Curriculum Vitae*” y debajo del mismo los años en blanco en los que el muro había estado en pie: 1961, 1962, 1963, 1965, 1966, 1967, 1968, 1969, 1970, 1971, 1972, 1973, 1974, 1975, 1976, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1984, 1985, 1986, 1987, 1988 7 1989.

“*Escape is a mighty method to destabilise dominio* (Escapar es un poderoso método para desestabilizar el dominio)”, leí al pie de las seguidilla de números

Más allá del claro contenido político, ideológico y, por consecuencia, propagandístico, a mí me parecieron verdaderas obras de arte. Y el cielo cubierto le dio a aquel escenario con un toque más de romanticismo.

Nuevamente embriagado, caminé lentamente y abriéndome paso entre muchos turistas que, al igual que yo, tomaban fotografías de cada uno de los murales que llamaban su atención. Algunos de ellos, con máquinas modernas, se paraban en el bulevar de la Mühlenstrasse para obtener una mejor vista a través de sus poderosas lentes.

Es que había murales que realmente impresionaban, como el de un grupo de personas, hombres y mujeres de distintas razas, que tiraban ladrillos desde lo alto de una pared y bajo el lema “*Es gilt viele mauern abzu bauen*” (‘Hay muchos muros para dismantelar’, en alemán).

También estaba una versión de la gigantografía de Gorbachev y Honecker que yo había visto poco antes en el museo de la RDA pero con la diferencia que de los dos protagonistas se daban un beso en la boca en vez de la mejilla; y otro mural con dos figuras danzantes que con el título “*Dancing for freedom*” (Bailando por la libertad) y al pie la frase: “*No more war, no more walls, a united world* (No más guerra, no más muros, un mundo unido). Y al costado de esos bailarines había un texto del músico

indio *Jolly Kunjappu* que decía: “*Say yes to freedom, peace, dignity and respecto for all. Say no to terror and repression towards all living things. In the begining was freedom*” (Decile sí a la libertad, la paz, la dignidad y el respeto a todos. Decile no al terror y la represión hacia todos los seres vivos. Al principio fue libertad)

Después me detuve a apreciar el mural que mostraba a un hombre gigante que saltaba el muro, detrás del cual había más personas pequeñas y, por último, me impactó el de una mano haciendo la señal de la paz con los dedos índice y mayor detrás de los barrotes de una celda y con un grillete en la muñeca que era tirado desde el exterior por una paloma blanca que lo sostenía del pico.

Una vez a bordo del S-Bahn, opté por no descender en Alexanderplatz y seguí una estación más hasta la del Hackerscher Markt, cuyas terrazas estaban repletas de paseantes que bebían y comían al aire libre. No conseguí lugar en ninguna de esas mesas, por lo que entré a una cafetería para tomar un cortado con un trozo de pastel de queso con merengue.

Tuve suerte porque mientras esperaba a que la mesera me trajera mi pedido se produjo un breve chubasco que ahuyentó a los comensales que se encontraban afuera, así que yo puede tomar mi merienda tranquilo y descansar un rato después de haber caminado una larga distancia por sexto día consecutivo. Y una vez que cesó la lluvia y el sol volvió a asomarse tímidamente, volví a pie por la Rosenthaler Strasse hasta el hotel, donde me tiré en la cama con la televisión encendida para reposar antes de darme un baño y salir a cenar.

Por la noche mi plan fue simplemente salir a comer por los alrededores del hotel, en pleno barrio *Mitte*. Así que comencé a caminar por la Torstrasse dispuesto a ver qué opciones me encontraría.

El cielo estaba estrellado y a pesar de la lluvia el termómetro no había bajado demasiado, por lo que apenas me llevé un abrigo liviano, dejando la campera impermeable en la habitación. Recorrí varias cuadras hacia el Este, cruzándome con una gran cantidad de jóvenes que disfrutaban de las últimas horas de aquel fin de semana primaveral. Había muchos locales gastronómicos con menús variados que no me convencieron, por lo que continué hasta toparme con un numeroso conjunto de personas reunidas en la puerta de un salón, en cuya vereda había un árbol con una especie de banco de madera que lo rodeaba y en el que la gente se acomodaba para fumar tranquila y/o beber una cerveza. Me asomé y descubrí que en el interior del salón lo que había era una exhibición de pinturas, así que di media vuelta, crucé a la otra vereda y volví hacia el oeste, en dirección al hotel.

La merienda me había dejado bastante satisfecho, por lo que no tenía demasiada hambre. Entonces me comí un *Kebab* en la esquina del hotel y tras esa rápida cena me quedé solo en el bar del salón comedor, bebiendo una copa de vino tinto y mirando por la ventana hacia la calle que, al igual que yo, se rehusaba a irse a dormir. Mientras que a mis espaldas, en la pared del fondo, un jovencito pintado con campera marrón, suéter rojo, jeans azules tipo *Oxford* y zapatos color caqui escalaba desesperadamente el Muro de Berlín y observaba sobre su hombro por si alguien lo había descubierto e intentaba perseguirlo y detenerlo. Por suerte para él, era sólo otro mural.

Para llegar a *Potsdam* con tiempo suficiente para recorrerla tuve que salir temprano del hotel, apenas terminé de desayunar, en un taxi hasta Hauptbahnhof para

tomarme el tren que me llevase hasta esa ciudad ubicada unos 30 kilómetros al sudoeste del centro de Berlín, en una zona boscosa y rodeada de lagos, y que, al igual que la capital alemana, durante la Guerra Fría estuvo dividida en dos ya que por el medio de ella se trazó la frontera entre la República Federal, en el occidente, y la Democrática, en el oriente.

Si bien ya había estado en la estación central, esta vez me llevé otra impresión ya que no fue de paso sino que ingresé primero por el estacionamiento principal en el que había cientos de bicicletas que aguardaban el regreso de sus dueños y luego por el *hall* central, el cual se asemejaba bastante a un *shopping* por sus innumerables escaleras mecánicas e hileras de comercios de todo tipo y tamaño, además de una nutrida cantidad de pasajeros que iban y venían, siempre sin prisa ni desorden.

Desde uno de los andenes del primer piso de la terminal abordé el S7 y en 38 minutos recorrí 12 estaciones a través de varias zonas que ya había visto, como el Tiergarten y el Zoológico, y otras más residenciales como *Charlottenburg* a medio camino y, especialmente, *Babelsberg*, una parada antes de llegar a mi destino donde alcancé a ver desde mi asiento dentro del vagón una hilera de hermosas casonas con amplios jardines y lujosos vehículos estacionados en sus respectivas entradas.

Apenas descendí en la estación de Potsdam noté que la mañana se había tornado nublada y ventosa, y por temor a que me sorprendiese un chaparrón inesperado, decliné de recorrer la ciudad en bicicleta, que era mi intención inicial. Y mientras analizaba un folleto con la guía del lugar que tomé gratuitamente de un puesto de turismo en el *hall* central, un hombre bien vestido con camisa, saco y corbata se me acercó.

-Buenos días -dijo aquel desconocido en un perfecto español, ante lo cual, yo, que me encontraba parado a mitad del *hall*, lo miré extrañado.

-¿Cómo supo que hablo español? -pregunté poniéndome a la defensiva.

-Porque tiene un folleto en español -el hombre señaló con el índice la guía que yo tenía en mis manos y en cuya primera página se podía ver claramente una imagen de la bandera española que indicaba el idioma del texto.

-Ah, entiendo -reaccioné más aliviado.

-¿Argentino? -el hombre me extendió la mano y yo accedí al saludo.

-Sí, ¿usted también?

-No, chileno. Y no voy a hacerle ninguna broma respecto a las dos Copa América que les ganamos jugando al fútbol en los últimos dos años -bromeó con una sonrisa.

Se me escapó una risita nerviosa y no realicé ningún comentario al respecto porque, sinceramente, en ese momento el fútbol me importaba muy poco.

-¿Le interesaría un tour guiado en micro? -me preguntó tras una breve pausa y me entregó otro folleto sobre la empresa para la que él aparentemente trabajaba.

Miré el folleto nuevo que indicaba una tarifa razonable y añadía que durante el recorrido en micro el cliente llevaba colocados un par de auriculares por el que escuchaba las indicaciones del guía en el idioma que quisiese.

-De acuerdo -asentí.

-Perfecto. En media hora partimos de la parada ubicada allí enfrente -señaló hacia una de las salidas laterales de la estación-. Lo espero en ese lugar.

-¿Le pago ahora?

-No, no -el chileno se atajó con las dos palmas hacia adelante-. Se abona cuando sube al micro. Es el rojo con techo desmontable -volvió a señalar hacia la parada.

-Ok -respondí al tiempo que volví a guardar mi billetera en el bolsillo trasero de mi pantalón-. ¿Sabe una cosa? Usted no tiene la típica tonada chilena.



-Lo sé -el hombre bajó la cabeza, como si estuviese resignado a que le hiciesen permanentemente ese comentario-. Es que vivo en Potsdam hace ya casi 20 años - continuó mientras me entregaba un papel con un número-. Esto lo tiene que presentar al momento de abordar -añadió y luego comenzó a alejarse de mi posición para ir en búsqueda de otros clientes con el objetivo llenar el micro lo antes posible.

“¡Qué loco poder vivir en un lugar así por tanto tiempo!”, me dije una vez que me quedé a solas, parado en medio de la muchedumbre.

Miré la hora en mi celular y calculé que tenía tiempo para tomar un cortado en alguna de las cafeterías de la estación, y así lo hice.

Cuando llegué hasta la parada de micros, en la puerta del vehículo rojo con techo desmontable me reencontré con el chileno que, para mi sorpresa, sólo se encargó de cobrarme ya que otra mujer iba a ser la guía de la excursión. Le pagué en efectivo y abordé a la parte superior del rodado, en el que me encontré acompañado de un grupo de mujeres adultas que hablaban con tono español, como el que había escuchado en mi estadía en Madrid.

Saludé con una leve inclinación de mi cabeza, me senté junto a una de las ventanas y me coloqué los auriculares con los que escuchaba un audio grabado con la voz del chileno que se despidió del grupo en la parada. Y con la guía en mis manos fui siguiendo cada uno de los principales puntos del recorrido.

Inicialmente, el bus bordeó el distrito *Brandenburger Vorstadt* que se desplegaba hacia el oeste apenas se cruzaba el puente sobre el río *Havel* hasta la entrada sur del *Nuevo Palacio de Potsdam*. Al arribar al ingreso, el viento ya había cesado y el cielo estaba completamente despejado, por lo que los rayos solares resaltaban aquel escenario colorido. Descendí del micro con el abrigo en la mano y caminé por el patio

central hasta detenerme a la altura del ingreso principal al palacio, con su fachada rosa pálida y la cúpula verde agua.

De acuerdo a la guía, esta edificación de estilo rococó había sido construida entre 1763 y 1769 por orden de *rey Federico II de Prusia*, conocido como “Federico el Grande”, quien buscó el celebrar el triunfo de su reino en la denominada “Guerra de los Siete Años”, la cual involucró a varias potencias continentales de la época, como el Archiducado de Austria de los Habsburgo, que luchaban por conseguir el dominio de Europa Central.

Pero en un comienzo, los reyes prusianos no utilizaron el palacio como residencia permanente, sino como un lugar de veraneo y recreación, ocasiones en las que recibían visitas en sus más de 200 habitaciones hechas en mármol, piedra y dorados, y que se distribuían en dos plantas.

Tras varias remodelaciones, el palacio terminó convirtiéndose en el Siglo XX en un museo y en 1990 fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Sin embargo, no pudimos ingresar a recorrer su interior y disfrutar de su teatro, galerías, pinturas y jardines ya que el palacio se encontraba cerrado al público por tareas de refacción, lo que quedaba en evidencia ya que casi todo el perímetro del mismo estaba cubierto por una malla negra.

Desilusionado, crucé el patio hasta los *Communs* o pabellones de servicio, construidos en su momento para alojar a los empleados del rey y que llegaron a estar conectados con el palacio por un túnel subterráneo que permitía el paso de un lado al otro para resguardarse de las inclemencias meteorológicas. Allí sí pude subir y bajar por las escalinatas y recorrer las anchas galerías con pilastras adornadas en la cima con oscuras estatuas y figuras que representaban personajes históricos.

En definitiva, fue una parada breve y si bien estaba satisfecho con la decisión de haber descartado la bicicleta para protegerme del clima y, a su vez, descansar mis pies averiados, no pude evitar molestarme con la rígida imposición de la guía del micro respecto a la duración de nuestra permanencia allí.

Pero el escenario que me rodeaba resultó una poderosa fuente de energía que me impidió sentirme mal o incómodo y, por el contrario, me impulsó a disfrutar del momento. Así que dejé introducirme en aquel viaje en el tiempo, a través del cual, descubrí que mientras Berlín había sido la capital de Prusia y luego de Alemania, la realeza siempre había residido en Potsdam, el sitio preferido por la aristocracia.

Nuevamente a bordo del bus, éste tomó hacia el norte, pasando por el frente del campus de la *Universidad* de Potsdam, la más grande de las tres del estado de Brandeburgo, hasta la siguiente parada: el *Jardín Botánico* y el *Histórico Molino del Parque Sanssouci*, también inaugurado por Federico II tomando como modelo los jardines franceses del Renacimiento.

A medida que nos adentrábamos en dicho parque de 290 hectáreas, la voz chilena de mis auriculares me contaba que este predio había llegado a contar con tres mil árboles frutales y una serie de invernaderos y viveros con naranjas, melocotones, melones y plátanos.

En esta ocasión, en vez de seguir los pasos de la guía como en una excursión escolar en la que los alumnos eran conducidos por una estricta maestra, opté por elegir los puntos a visitar en base a lo que ofrecía el folleto que llevaba siempre conmigo.

Me dirigí a solas por los senderos en caracol hasta la entrada del viejo molino de madera y subí a su mirador, desde donde tomé varias fotografías, tanto de ese monumento histórico como del paisaje natural a su alrededor, aun en penumbras en

muchos sectores ya que todavía no era mediodía y el sol jugaba a las escondidas en la frondosa vegetación.

Desde las alturas alcancé a ver que mi grupo, con la guía a la cabeza, se adentraba en el bosque, en dirección al *Palacio Sanssouci*. Entonces descendí del molino, hice un rápido rodeo, en el que me crucé con un bar con terraza en la que algunos turistas de otros contingentes y particulares tomaban un café y charlaban animados, y alcancé la posición de mis compañeros cuando ya se encontraban en la fachada sur, en la cima de una loma con vista a los viñedos, glorietas y las estatuas que rodeaban la *f fuente Grosse*, en el centro del *Lutsgarten*, el jardín más antiguo del parque.

Parado allí arriba, sobre el irregular terreno de arenisca, tuve la sensación de que por un instante había regresado a *Versailles*, aunque este edificio -de una sola planta- y sus jardines eran bastante más pequeños que aquellos que había recorrido en las afueras de París.

Luego me arrimé a la guía en momentos en que ésta explicaba que el Sanssouci había sido construido también por orden de Federico II, quien lo utilizó como su residencia oficial de veraneo.

Recién en el Siglo XIX, el *rey Federico Guillermo IV*, la eligió como una de sus residencias permanentes, para lo cual, ordenó restaurarla y ampliarla ya que había estado deshabitada desde la muerte de su tío-abuelo, *Federico II*; mientras que después de la Segunda Guerra Mundial, el palacio se convirtió en una atracción turística.

Y en 1990, además de ser declarado Patrimonio de la Humanidad junto a los otros palacios y jardines de Potsdam y Berlín, los restos de Federico el Grande fueron depositados allí: su lugar preferido en el mundo y dónde siempre había querido morir.

La excursión no incluía la entrada al palacio, por lo que abandonamos el parque a bordo del micro que se dirigió hacia el distrito *Nördliche Vorstadt*, que limitaba hacia el norte y noreste con el lago *Jüingfemsse* y hacia el sur y sudeste con el *Heilingr See*.

En este tramo del recorrido, el chofer ya había retirado el techo de lona del bus para que los pasajeros tuviésemos una mejor vista y disfrutásemos del buen clima en contacto directo con la naturaleza.

Y al pasar entre esos dos espejos de agua tan calma que parecían un par de sábanas recién planchadas, nos encontramos en el *Neuer Garten*, que funcionaba con un perfecto refugio para el *Palacio Cecilienhof* gracias a sus bosques tan espesos que no se alcanzaba a ver el horizonte por ninguno de los puntos cardinales y sólo se podía observar el cielo por arriba de las copas de los árboles.

El micro transitó lentamente calles tan ceñidas que lo obligaron a realizar cuidadosas maniobras en zigzag hasta que se detuvo en el estacionamiento vacío del palacio, desde donde caminamos hasta el edificio principal, actualmente convertido en un hotel y museo.

Se trataba de una casa de campo inglesa de estilo *Tudor*, con techo de tejas coloradas, paredes pintadas con un color pastel en la planta alta y de ladrillos o piedra en la baja; además de contar con molduras y aberturas en madera.

Aquí pudimos ingresar para apreciar uno de sus seis floridos patios internos, pero como también se encontraba en refacción no hubo una recorrida más amplia por los distintos ambientes amueblados como si fuese un barco de travesía. De todos modos, lo que más me atrajo estaba afuera: por un lado, las diferentes vistas de las 55 chimeneas que atravesaban el techo; y por el otro, los agrestes jardines que, en cierta modo, le daban un aspecto salvaje a los alrededores de aquel palacio escondido junto lago, que no se veía desde lejos pero que se percibía cerca.

El grupo se detuvo junto a la guía en uno de los patios exteriores en el que había varios bancos de plaza, así que me senté en uno de ellos, bajo el sol, a escuchar la reseña histórica del lugar, en *spanglish*. “Menos mal que era una excursión en español”, refunfuñé por lo bajo, aunque mi disconformidad era bastante más leve que la de aquellos que no entendían inglés. En realidad, era una excursión en español mientras transcurría a bordo del micro y escuchábamos al chileno.

En fin, según la guía, el Cecilienhof fue el último palacio construido por la familia *Hohenzollern*. El *Emperador Guillermo II* de Alemania lo encargó para su hijo, el príncipe Guillermo de Prusia y su esposa, la princesa Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin; y su construcción se llevó a cabo entre 1914 y 1917. Y si bien al final de la Primera Guerra Mundial el príncipe siguió a su padre al exilio, Cecilia siguió viviendo en el palacio hasta 1945, justo antes de la ocupación soviética.

Entre el 17 de julio y el 2 de agosto de aquel año que marcó el fin de la Segunda Guerra Mundial se llevó a cabo en el palacio la *Conferencia de Potsdam* entre los aliados victoriosos *Winston Churchill*, más tarde reemplazado por *Clement Attlee*; *Joseph Stalin* y *Harry S. Truman*, quienes acordaron una serie de medidas, entre ellas, la devolución de todos los territorios europeos anexionados por la Alemania nazi desde 1938 y la separación de Austria, la división en cuatro zonas de ocupación de Berlín y Viena, y los términos de la rendición para Japón.

“*It is said that right here, Truman decide to use the nuclear bombs in Hiroshima and Nagasaki* (‘Se dice que aquí fue dónde Truman decidió utilizar las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki’)”, explicó la guía, quien consideró que el Cecilienhof fue un sitio perfecto para una reunión con tales fines por su recóndita ubicación. “*Who could have spied on them in this place?* (‘¿Quién pudo haberlos espiado en este lugar?’)”, se preguntó la inglesa señalando el grueso bosque que nos

rodeaba y en el que sólo se escuchaba su fina voz y el canto de algunos pájaros que se escondían en las ramas de los árboles.

Antes de regresar al micro di una breve caminata por el bosque, tras lo cual, la excursión continuó por las calles internas del Neuer Garten, donde la guía nos indicó que gran parte de las hermosas casonas de esa zona residencial habían pertenecido durante la Guerra Fría a altos oficiales de la ex KGB.

“*Some people say that Putin had or still has a property here* ('Algunos dicen que Vladimir Putin tuvo o aún tiene una propiedad aquí)”, explicó la guía estirando su brazo a la derecha, hacia la ex prisión de la inteligencia soviética que había funcionado en *Leistikowstrasse 1*.

Me hubiese gustado descender del micro y visitar ese sitio histórico pero si lo hacía iba a tener que continuar el resto del *tour* a pie y mi intención era llegar hasta el final, en el centro de la ciudad para conocerlo y almorzar.

Me conformé con la información de mi folleto y las indicaciones del chileno en mis auriculares que me contaron que la ex prisión de la KGB, en realidad, había sido construida por la Iglesia Evangélica a fines de la Primera Guerra Mundial y que pasó a manos soviéticas después de la Conferencia de Potsdam junto a otras 100 viviendas del barrio *Nauener Vorstadt* -lindante con el parque- que se convirtieron en el “Campamento Militar 7”. Y al finalizar la Guerra Fría, con la retirada de las fuerzas de la URSS, la prisión se volvió un almacén hasta que en 1994 fue devuelto a los evangélicos y en 2009 abrió sus puertas como un memorial.

Sentado cómodamente en mi asiento del segundo piso del micro continué con el paseo que terminó su recorrido, tras casi dos horas, en la *Higehalle*, la avenida principal del centro de Potsdam. Descendí del bus, entregué una propina a la guía, quien tuvo que soportar las furiosas críticas de las turistas españolas y me fui por la avenida hacia el

este, en dirección a la *Nauener Tor*, una de las tres puertas de la ciudad junto a la réplica de la de Brandeburgo y la *Jägertor*.

Estas puertas, de acuerdo a la información de mi folleto, habían sido construidas a mediados del Siglo XVIII y en un primer momento estuvieron unidas por una muralla. Actualmente, se conectaban por un paseo semi peatonal, pero la de Brandeburgo y la *Jägertor* se situaban al oeste, en sentido opuesto al que yo había tomado.

Lo interesante de la *Nauener Tor* era que estaba muy cerca del *Barrio Holandés* y que el tranvía la atravesaba como en una maqueta de juguete. Así que antes de llegar hasta la misma, me adentré por la *Friedrich Ebert Strasse* y después giré hasta la esquina de *Mittelstrasse* y *Benkerstrasse*, el epicentro de dicho conglomerado de unas 150 casas con el estilo de los Países Bajos: paredes de ladrillos naranjas y aberturas con uniones, aleros y persianas de color blanco.

Sobre la *Mittelstrasse* tomé una foto de la casa de *Johann Boumann*, el arquitecto que había diseñado el barrio construido entre 1734 y 1742 para artesanos y trabajadores de origen holandés invitados a la ciudad por el rey Federico Guillermo I, aunque bien podría haber registrado la imagen de cualquier otra vivienda ya que todas las de la cuadra -y las de las cuatro manzanas que constituían el barrio- se veían prácticamente idénticas entre sí.

También había un museo sobre el arquitecto holandés y un molino que formó parte del proyecto y aun se conservaba, pero preferí dirigirme hasta la *Nauener Tor*, donde me senté en la terraza de un restaurante lindero y almorcé una porción de carne de cerdo freída en aceite y con cuero, acompañada de una ensalada de repollo y, obviamente, de un chopp de cerveza.

La vista del monumento no fue lo único que me atrapó sino también la preciosa mesera que me atendió: alta, delgada, con una cabellera rubia larga hasta la cintura, ojos



claros, tez blanca y facciones tan delicadas que bien podría haber abandonado aquel trabajo para convertirse en modelo de pasarela.

Cuando esta belleza me trajo la cuenta me reconforté al saber que el promedio de mis gastos diarios en efectivo seguían sin superar los 50 euros, la meta que me había trazado inicialmente cuando contabilicé 750 en mi billetera. Esto, sumado a las tarjetas y los pesos en mi cuenta bancaria me permitía moverme tranquilo.

Una vez concluido el almuerzo caminé por la *Friedrich Ebert Strasse* unas cinco cuadras hasta el parque estatal *Platz der Einheit* para tomar el tranvía hasta la parada más cercana al *Glienicker Brücke* o “*Puente de los Espías*”. Una vez allí, mientras aguardaba el arribo del Tram 93, le pregunté a una mujer si el *ticket* que yo había sacado por la mañana para tomar el tren desde Berlín me servía para utilizar el tranvía y la señora, una de las pocas personas con las que me había cruzado ese día que no hablaba inglés, me respondió afirmativamente con un ligero movimiento de la cabeza.

Minutos después abordé el tranvía, en el que sólo tuve que pasar el *ticket* por el lector electrónico ubicado cerca de las puertas automáticas. Lo que me pareció raro fue que vi varios pasajeros que no realizaron mí misma maniobra, por lo que me quedó la duda de si alguien, podría ser el chofer desde su cabina, llevaba un control de lo que registraba esa máquina o bien confiaban en la buena voluntad y apego a las normas de los ciudadanos. Estoy seguro que cada uno de los que están viajando conmigo y no pasaron el *ticket* por el lector tiene su correspondiente pasaje y no pretenden viajar gratis, me dije.

Fue, sin dudas, el mejor viaje en transporte público durante mi estadía en Europa. Un verdadero paseo, cómodo, relajado y apacible. Las calles impecables, la vista inmejorable, la luz de la tarde que ya entraba oblicua al immaculado vagón fue

como tomar un tibio té digestivo y el resto del pasaje se comportó tan educado y respetuoso que llegué a tener la sensación de que iba solo a bordo del tranvía.

Al descender en la parada final del trayecto caminé por la vera de la *Berliner Strasse* -continuada por la autopista Bundesstrasse 1- que atravesaba el puente Glienicke que cruzaba el río Havel y debía su nombre al palacio homónimo ubicado en la orilla del este.

Mi folleto indicaba que también se podía cruzar el puente con la línea 316 de colectivos y que la primera estructura para sortear el río había sido diseñada en ladrillo y madera, y colocada en 1660 aunque recién se completó en 1834. Y que a comienzos del Siglo XX, ante el aumento del tránsito entre Potsdam y Berlín, el gobierno prusiano decidió reemplazarlo con un puente de hierro que se instaló en 1907. Pero como a fines de la Segunda Guerra Mundial esta estructura fue dañada por un misil, el puente debió ser reconstruido.

Tras la división de Alemania, los orientales lo llamaron "*Puente de la Unidad*" debido a que la frontera entre las dos naciones pasaba por el centro del mismo. Pero la unidad duró hasta agosto de 1961, cuando con la construcción del Muro de Berlín, el Glienicke se cerró para los habitantes de la RDA.

Las disputas por el puente continuaron en los '70 y '80, cuando hubo que repararlo, hasta que el 10 noviembre de 1989, un día después de la caída del muro, se reabrió para todos los peatones, en tanto que las barricadas de la frontera se desmontaron con la reunificación alemana en 1990.

En el medio, durante la etapa más tensa de la Guerra Fría, los periodistas llamaron al Glienicke el "Puente de Espías" ya que hubo una serie de intercambios de prisioneros entre Occidente y Oriente que comenzó en 1962 con el coronel soviético

Rudolf Abel, detenido en los Estados Unidos, y el piloto norteamericano Francis Gary Powers, capturado por la URSS.

Hubo otros tres intercambios que, al igual que el primero, alimentaron la producción películas, novelas y demás obras artísticas, que siguieron en abril de 1964, junio de 1985 y febrero de 1986.

En cuanto a mí, el rato que pasé en el Glienicke fue sublime y, sin dudas, me hubiese gustado quedarme allí hasta ver la puesta del sol detrás el *Babelsberg Park*, en Babelsberg Nord. Pero no quería llegar de noche a Berlín ya que la mañana siguiente tenía que dejar el hotel y no quería acostarme tarde.

Tomé varias fotos a la distancia del palacio con su fachada color tiza y ventanales verdes como sus jardines ubicados al otro lado del puente y descendí hasta la orilla oeste para introducir mis manos en el agua fresca del río, en el que no había embarcaciones a la vista.

Tampoco pasó ningún vehículo particular por la autopista mientras yo estuve allí. Todo era quietud absoluta y sólo me crucé con un par de ciclistas que arribaron al lugar por un sendero que se iniciaba en el Neuer Garten, a la altura del Cecilienhof, y bordeaba la margen oeste del río hasta el puente.

Esta pareja tomó un par de fotos del paisaje y el Glienicke, y enseguida reanudaron su marcha. Y en ese momento comprendí que encontrarse completamente solo en un determinado tiempo y lugar a veces puede generar la sensación de que uno es el único dueño de ese mundo. En esos casos, ¿qué tiene de malo la soledad?, me pregunté.

Rodeado por la naturaleza y la historia di por terminado mi recorrido, caminé hasta la parada del tranvía en la que abordé el Tram 93 hasta la estación de trenes y, obnubilado, llegué a la capital alemana con las primeras sombras del atardecer.